

Leonarda Rivera y Sebastián Lomelí (coord.), *María Zambrano en Morelia, a 70 años de la publicación de Filosofía y Poesía*, Secretaría de Cultura de Michoacán/Plaza y Valdés, México, 2010, 224 pp.

RUBÉN SÁNCHEZ MUÑOZ  
Universidad Veracruzana

Nos encontramos frente a un libro que constituye una multiplicidad de reflexiones sobre María Zambrano y la importancia que tiene dentro del proyecto de la razón poética la obra *Filosofía y poesía* publicada en 1939 por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, donde Zambrano impartió algunos cursos entre 1939 y 1940 como parte de las actividades que La Casa de España en México le asignó en su calidad de exiliada. Esto ya dice mucho del contexto histórico, del momento vital-existencial en el que Zambrano escribe aquel importante trabajo, en el cual se aborda el tema de la poesía desde un eco preñado “de un aroma de nostalgia, de un olor a patria perdida por las fauces de una inteligencia ebria de poderío y simplemente insaciable” (p. 153).

Se trata de un texto que invita a la reflexión desde varias líneas del pensamiento zambraniano. Quien se inicia en la lectura de Zambrano va a encontrar en este libro el buen pretexto, la motivación filosófico-literaria, que le harán ir más allá en busca de nuevos saberes, porque el libro despierta el interés desde sus primeras líneas, y esta es una de sus virtudes expositivas. Desde el punto de vista literario nos invita a la novela, al teatro, especialmente a la tragedia, y nos introduce en el género confesional –recuérdese aquí a san Agustín, Rousseau y Dostoyevsky– como uno de los géneros literarios que más se apega al método de la razón poética (p. 77) pero, no podría ser de otro modo, nos lleva de la mano a pensar seriamente en el valor ontológico, epistemológico, religioso, de la poesía. Filosóficamente, somos provocados a pensar con rigor el “fracaso de la modernidad”, el declive de la razón o, para decirlo de manera más específica, el fracaso del racionalismo y, ya encarrerados, el fracaso de Europa como cultura filosófica.

La hazaña zambraniana, en la que se deja entrever la influencia no sólo de Ortega sino también de Unamuno, consiste en hacer frente a una tradición filosófica

que está en crisis, porque sus supuestos fundamentales se han vuelto cuestionables. Desde este supuesto, se propone el diálogo entre filosofía y poesía como una alternativa de superación de la modernidad. Los nueve ensayos reunidos en esta obra dan cuenta del nacimiento, del taller o del laboratorio, en el que se gestó, en sus inicios, el proyecto filosófico de la razón poética que pasó por supuesto por varias etapas, a saber, la razón mediadora, la razón integradora y, finalmente, la razón poética (pp. 38 y 42); por tanto, se trata del valor que *Filosofía y poesía* tiene en dicho proyecto. Vamos a señalar a continuación algunas de las discusiones centrales de la obra.

Queremos pensar la actualidad y, más que nada, la importancia de la propuesta zambraniana de cara a la crisis del presente. Este es uno de los temas centrales. En el ensayo de Cintia Robles quedan expuestas las líneas generales de lo que ella denomina “nihilismo” (del “desierto nihilista” en palabras de C. Moreno, p. 48) como forma de pensamiento del desamparo, como la “pérdida de referencia, de sentido” (p. 86) en la que deviene una “crisis ontológico-existencial” del sujeto, que emana del extravío, de la pérdida del “punto de referencia” y de la “desorientación vital del hombre concreto” (p. 72) o, como decía Unamuno: del hombre de carne y hueso, del hombre o mujer individual y concretos que viven y sienten y que somos cada uno de nosotros. Se trata del mundo de las incertidumbres, del caos, en el que vivimos como perdidos o como dormidos, indiferentes o desentendidos.

La pregunta obligada ante esta breve descripción es esta: ¿en qué sentido el proyecto de Zambrano hace frente a esta crisis? A decir de Cuitláhuac Moreno, “Zambrano aterriza toda su filosofía en la vida, de modo que la vida y la filosofía tienen que reencontrarse” (p. 42). Claro está que esta reflexión por la vida viene de Ortega y más atrás de Nietzsche, como se apunta en varias ocasiones. Y esto es importante para la recuperación del sentido originario de la poesía y sus relaciones con la vida. Porque se trata de la vida de cada uno, de la vida real y concreta, de la vida que es delirio, autoconfiguración, por tanto, creación de uno mismo, sufrimiento y angustia.

La recuperación de la poesía, como otra forma no de explicar –porque eso es lo que quiere hacer la filosofía y la ciencia– sino de contemplar, de vivir en el asombro frente a la realidad, viviendo en la heterogeneidad del ser, de los múltiples modos de ser de lo real, es aquello que se pretende recuperar después de la condena que hizo Platón de los poetas en *La República*. En efecto, de lo que se trata es de re-conocer y de interpretar la vida como un “campo fértil de acción”, la vida como “misterio” (p. 96). Leonarda Rivera apunta: “Para Zambrano, hacer filosofía no puede deberse más que al sufrimiento que causa el presenciar cómo la vida se destruye; para ella ni la razón pura ni los

hechos y evidencias podrían ser de ninguna utilidad como respuesta, pues no acuden al sitio o a la raíz del problema (lo inmediato, lo sensible)” (p. 129).

El olvido de la vida concreta, del individuo concreto (como lo demandaba ya Kierkegaard al sistema hegeliano y en general el existencialismo y el raciovitalismo), viene a ocupar un lugar central en el pensamiento de María Zambrano, en especial en la relación que se da entre la poesía y la palabra, la vida y la carne. ¿Cómo se da esta relación, esta religación? Hay que decir que a través de la palabra. Esto, por otra parte, tiene que ver con la escisión entre ellas y, por tanto, con la forma de la palabra que en cada una aparece. La oposición más grande entre filosofía y poesía es el método. La primera es metódica; la segunda es ametódica. Aquella es sistemática, universal y abstracta; ésta, libre, heterogénea y concreta. El filósofo es violento, porque aspira a la unidad del ser y de lo real; el poeta es humilde, porque renuncia a ese propósito y, aunque en el poema mismo se alcanza ya cierta unidad, es una unidad no obstante reconocida de inicio como incompleta (p. 156). El lenguaje filosófico es conceptual; el poético, la palabra poética, es metafórica.

En efecto, al tratar de esclarecer las relaciones que hay entre filosofía y poesía como “dos actitudes ante la vida”, y tomando como referencia la reflexión por la “palabra”, aparece “como fantasma el problema de la religión” (p. 34) y, como eco de fondo y ligado al tema de la crisis, la muerte de Dios y el nihilismo. Zambrano quiere rescatar de la filosofía a la poesía y a la religión, que son asimismo dos formas de la palabra, pero lo hace, paradójicamente, desde la filosofía (p. 38). Y esta es una de las paradojas que hay que pensar desde esta obra zambrana de 1939.

Por otro lado, Zambrano parece inclinarse más hacia la poesía: aquí las correspondencias con Heidegger —y por supuesto con Hölderlin— son muy afines. ¿Por qué la poesía? Porque ella es por definición creadora, de sentido, de imágenes, de figuras, y desde allí se presenta atada y comprometida con la “heterogeneidad del ser”. Ella es la única capaz, por tener como tema a la propia vida y sus vicisitudes, de “descender a los infiernos” en busca del sentido originario, del “sentir originario”. Como indica Rivera “La poesía se sumerge entonces en el infierno mismo, que en primera instancia es la propia vida humana. Desciende a las oscuras entrañas olvidadas por la razón, por eso María Zambrano la designa como palabra de un sentir originario, porque se trata de la palabra de los íferos” (p. 116).

Zambrano propone salvar la filosofía por medio de la palabra, esto es, por medio de la poesía, sólo que ello implica “condenarla a habitar la carne” (p. 43). La salvación de la poesía tiene que vivirse como condena. ¿Otra paradoja? No, se trata de la poesía vista como *poiésis* vital, como *logos spermatikos* como indica

Cintia Robles, aterrizado en la vida, vista como condición existencial. De allí que “La poesía es vivir según la carne, es el pecado de la carne hecha palabra”. Por lo anterior podemos inferir, como apunta Sebastián Lomelí, que “Somos nosotros... los que estamos en el centro del debate; es el hombre el que se mira desde estas modalidades de la palabra, preguntándose si ha de decidirse por una de ellas, o si puede hallar un punto de encuentro que sea aun más originario, que muestre a la filosofía y a la poesía como una escisión posterior del pensamiento” (p. 206-207). Desde esta perspectiva, dice Robles Luján, “el hombre tendrá que ir al encuentro consigo mismo, a lo humano; ya no encubriéndose tras máscaras que ocultaban su condición humana-concreta en sus formas originarias” (p. 72).

Otros temas tienen que dejarse en el tintero, como la metáfora del corazón, el amor o el género confesional, de los cuales el lector va a encontrar muchas indicaciones importantes. Nos resta recomendar ampliamente la lectura de este libro y, más aún, pensar en la propuesta zambraniana de cara a los problemas actuales que competen a la reflexión filosófica y en la razón poética como camino y propuesta para hacer frente a la crisis del presente. Como dice Cintia, ya para concluir, “Tenemos a nuestro alcance la decisión de una racionalidad *que fluya por los interiores, un saber sobre el alma que ha de tener muchas formas en la heterogeneidad del ser*, en el que se derrame un saber de experiencia no universal que oscile en la unidad de filosofía y poesía” (p. 83).